

* * *

Invirtamos ahora el razonamiento. Si el latifundio, por una larga concatenación de causas y efectos llevaba en potencia la pérdida de la nacionalidad, la conservación de la nacionalidad obligaba a concluir con el caudillaje anárquico, para evitar pretextos de intervención extranjera; pero el caudillaje descansaba en la miseria desesperada del indio, y la miseria del indio en el atraso de la agricultura, y el atraso de la agricultura en el absentismo de los señores territoriales, y el absentismo en la posibilidad que tenían de vivir como príncipes los ochocientos únicos propietarios de toda la tierra cultivable—pero en general pésimamente cultivada—gracias a su explotación como latifundio, y el latifundio descansaba, en fin, en el concepto feudal de que la propiedad de la tierra era absoluta. En última instancia, pues la Revolución mexicana se ha limitado a suprimir ese concepto básico de la propiedad absoluta y a sustituirlo con otro concepto más moderno: que toda forma de propiedad es sólo legítima como servicio, como función social, y que si un propietario no sabe cumplir con esa función, la sociedad, por el instrumento del Estado, tiene el derecho y aun el deber de desposeerlo y traspasar la propiedad a un propietario más competente o más probo.

* * *

Eso ha hecho el Estado mexicano. Visto que el latifundio era una amenaza permanente para la sociedad y para la nacionalidad, ha resuelto fraccionarlo y distribuirlo entre sus propios trabajadores. No sólo le han inspirado motivos de justicia social, sino razones de orden interior y de seguridad externa. ¿Y no son estos móviles los signos del verdadero patriotismo, del sentimiento que coloca la patria por encima de los intereses particulares, sobre todo cuando la lesionan y comprometen su equilibrio y

su porvenir? He aquí, pues, cómo la Revolución mexicana es una obra patriótica y en el fondo conservadora, como todas las revoluciones auténticas.

C R O N I C A S

EL ESPIRITU GUERRERO

por Armando Bazán

El 11 de noviembre se hizo la celebración de la paz. Se quiso festejar el silenciamiento de los cañones, la fatiga de la muerte que durante cuatro años hizo caer más de doce millones de hombres en los campos de Europa. Se quiso recordar el negocio de las madres, de las esposas, de los hijos cuando recibieron a los soldados sobrevivientes en su retorno al hogar, la vida y la tranquilidad.

Después de cuatro años de espanto y pesadilla amaneció en un día como este la paz sobre la tierra. Seria y tremenda experiencia humana la de la guerra de 1914. No sólo en los cementerios quedan sus despojos. Un incontable número de inválidos, exhiben sus cuerpos mutilados; incontable número de inválidos de la guerra, que se arrastran por las calles de París, Berlín, Hamburgo, Bruselas, etc., pidiendo un pedazo de pan y un poco de misericordia.

El 11 de noviembre se celebra el día de la paz. Pero ni en Francia, ni en Alemania, ni en Inglaterra, es en verdad ya éste el espíritu de la conmemoración.

Al cabo de pocos años, insensiblemente, se ha ido mistificando su contenido hasta variar por completo su sentido verdadero.

Quienquiera que haya estado en Invalides, por ejemplo, durante el imponente desfile de un regimiento de infantería, cuando una inmensa muchedumbre aplaudía movida por un profundo sacudimiento bélico, en medio de exclamaciones y gritos entusiastas que revelan recónditos rencores, ha podido darse cuenta que no es el ad-